

# TESTIMONIO

## del sismo

### UNA NUEVA CICATRIZ\*

Ricardo Cruz Martínez  
Licenciatura  
en Arquitectura

**E**l mundo está hecho de historias... En alguna ocasión, escuché una entrevista que le hicieron al escritor Eduardo Galeano; en ella conversaba acerca del mundo y sus encantos, sus pequeños detalles y grandes misterios, de la inmensidad que posee el universo y de lo microscópico que habita en nuestro mundo; una dualidad en la que permanecemos inmersos, algunas veces cautivos ante los detalles mínimos de nuestro

mundo y otras veces admirando la supremacía del universo.

El mundo (o al menos nuestro mundo) se compone también de los sucesos que vivimos a lo largo de nuestra existencia, recuerdos y experiencias que forman las particularidades de los seres humanos, esa esencia que nos vuelve semejantes y, a su vez, la que nos convierten en seres únicos. Entonces, ¿de qué está hecho el mundo?: “El mundo está hecho de historias, decía Eduardo Galeano, porque son las historias las que permiten convertir el pasado en presente, y las que también hacen posible lo distante en cercano, lo que está lejano en algo próximo, posible y visible”.

En ocasiones, esas historias también nos erizan la piel por la crueldad de sus relatos; los pueblos y ciudades son testigos de las cicatrices que permanecen en el alma de sus habitantes. Desde que fuimos niños, a muchos jóvenes nos transmitieron el miedo latente de las víctimas que sobrevivieron a uno de los acontecimientos más catastróficos que han ocurrido en la Ciudad de México, el terremoto de 1985. El 19 de septiembre de ese año por la mañana, la tierra se sacudió violentamente justo en el instante en que muchos capitalinos se disponían a iniciar sus actividades cotidianas. Cuando el sol iluminaba la mañana y las familias se daban los “buenos días”, un movimiento trepidatorio de magnitud 8.1 en la escala de Richter dejó entre ruinas a miles de habitantes. Aquél día quedó una huella imborrable en la memoria de millones de personas, que sufrieron la

Voluntarios en el  
sismo del 19 de  
septiembre, 2017

Fotografía:  
José Ventura  
Flores Velasco

\*Texto publicado en el Trazo semanal #287  
13/01/1



angustia de saberse vulnerables y extremadamente pequeños ante los eventos extraordinarios de la naturaleza.

A pesar del miedo y la angustia, con ánimos de revancha los ciudadanos se levantaron entre los escombros y reconstruyeron la ciudad que una vez les dio sustento, edificaron de nuevo muchos hogares que fueron destruidos por el terremoto y en su memoria hicieron un espacio para recordar aquellos sitios en los que una vez pasaron vivencias irrepetibles, porque fueron lugares de los que sólo quedó el recuerdo. Son incontables las vivencias que quedaron después de aquel 19 de septiembre de 1985; el recuerdo permanecerá vivo y los jóvenes heredamos esas anécdotas, las volvimos parte de nuestra experiencia como un capítulo sombrío.

Las historias que convirtieron el pasado en presente nos permitieron compartir parte del dolor que aún sienten los sobrevivientes al terremoto; abrazamos el recuerdo con cada ceremonia en honor a las víctimas de aquel trágico evento y revivimos con la memoria a los seres que desaparecieron sin dejar rastro alguno. Ahora puedo decir que ningún relato es comparable a la propia experiencia, dentro de la angustia y el desconsuelo.

Habían pasado ya tres décadas sin que México sufriera mayores pérdidas humanas y materiales a causa de un sismo, sin embargo, dijo alguna vez el célebre escritor Miguel de Cervantes: "Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin", y como los mexicanos no gozamos de los privilegios divinos de la eternidad, un nuevo terremoto volvió a oscurecer los días en la ciudad. Treinta y dos años pasaron desde el último gran sismo que apagó miles de vidas en la capital de México



y el estado de Guerrero, por alguna razón que no logramos comprender, el 19 de septiembre de 2017, durante la tarde, un nuevo terremoto de magnitud 7.1 en escala de Richter sorprendió a toda la Ciudad de México y varios estados aledaños, dejando a su paso daños irremplazables.

Nos abrumaron momentos de angustia al sentirnos necesitados: necesitados de esos seres queridos que no podríamos contactar con urgencia para sentirnos completos. Decir que el sismo no me arrebató nada sería subestimar la realidad, porque pienso que en virtud de la verdad, a todos nos arrancó un pedazo del pecho. Nos vimos conmovidos por aquellas personas que quedaron bajo los escombros, por los desconsolados que clamaban a las puertas del cielo, por haber perdido un ser querido, y por los que buscaron su hogar sólo para descubrir que aquel lugar ya no existía más, quedando enterrados los recuerdos de una vida.

Nos quedará una nueva cicatriz, que junto con la del 85 nos recordarán los momentos que vivimos en el rigor de los hechos porque como dijera el villano de la película de *Dragón Rojo* "las cicatrices tienen la virtud de recordarnos que el pasado fue real". 

Voluntarios en el sismo del 19 de septiembre, 2017  
Fotografía:  
José Ventura  
Flores Velasco

# TERREMOTO PERSONAL\*

Jaell Durán Herrera  
Departamento de  
Síntesis Creativa

**M**éxico es el único país con un escudo de armas que retrata un acto de feroz gastronomía, dice Villoro en el libro *México from the inside out*. Desde el punto de vista simbólico la batalla librada por los animales del escudo representa una lucha entre lo celeste y lo telúrico. El águila como una criatura que surca los cielos y el anfibio que nada y se arrastra en la tierra. Hace tres semanas la tierra sacudió a las bestias y ahora la serpiente devora al águila. Un país con una bandera como ésta no puede dejar de ser apasionado, ni enfrentar las trágicas sorpresas con pasividad.

A pocas semanas del sismo y aún con las emociones exaltadas, los mexicanos intentamos colocar cada cosa derribada en su lugar. Tenemos un defecto: olvidamos

rápidamente lo que alguna vez nos hizo cambiar con violencia, como esta sacudida. Sufrimos de memoria a corto plazo; pero nuestro islote y la condición telúrica en la que se localiza nos recuerdan, con cierta periodicidad, que nada es eterno y que la altivez puede ser derribada al compás de los 7.1 grados.

Quienes tuvimos la desventura de presenciar y la fortuna de sobrevivir a dos terremotos, sabemos que las emociones desbordadas tienen un ciclo: los escombros se levantan, la ayuda se rebosa y la solidaridad después se olvida. Deseo que en este siglo no suceda así.

Si hay un recuerdo favorito en mi memoria, es el de que en 1985, cuando el estado era incapaz de responder a las emergencias, los habitantes de la ciudad se volcaron para ayudar a las víctimas y poner orden en las calles diezmadas. La improvisación de rescates y abrazos a desconocidos ha mostrado lo que significa funcionar como población anarquista. Cuando la fuerza falta y el polvo cubre el cuerpo, aparecen las señoras con un plato de sopa en las manos, las expresiones de gratitud y las sonrisas, hasta ahora nada me había propiciado una emoción más intensa que estas muestras de apoyo. El terremoto del 19 de septiembre sacudió más que edificios; en mi caso no

\*Texto publicado en el Trazo semanal #284 10/10/17.

Recepción de víveres para damnificados en la UAM-X  
Fotografía:  
José Ventura Flores Velasco



fue la idea de que la obediencia a unas normas de construcción pueda evitar desgracias. Estoy convencida de que es más profundo que sólo eso. Todavía quedan lecciones por aprender: ¿qué tan preparados estamos para escuchar a la gente que perdió su casa?, ¿qué tan capaces somos como arquitectos de poner manos a la obra?, ¿qué tan preparados estamos en nuestra disciplina para entender el comportamiento de un edificio ante un movimiento tal? Un buen ejemplo son los chilenos, quienes han vivido al sismo de mayor magnitud registrado en la historia de la humanidad. En una entrevista de Mikel Adrià a Alejandro Aravena, el chileno describe las soluciones a las que los arquitectos de su país han recurrido para evitar muertes por los sismos. El arquitecto nunca habla de estructuras que salgan bien libradas de los terremotos, pero sí de sistemas de estructuras que absorben la aceleración del suelo y se fracturan de modo que no matan a la gente que las habita. En pocas palabras, está prevista la falla de la estructura y la supervivencia. Los chilenos, quienes tienen la experiencia más traumática en materia de sismos, ya no hablan desde la posición de las fallas estructurales por corrupción o errores de factura, sino de los edificios diseñados y construidos acorde con esas normas. Así que los chilenos nos superan en cuestión de conciencia.

Desde mi parecer, lo que no entendemos es que no hay edificios eternos, que el suelo es agua y además que no controlamos la magnitud con la que el planeta se sacude las pulgas. Aquí, cuando ya hemos visto las formas de autoorganización, seguimos con el argumento de la corrupción. Como si no hubiésemos sido competentes de levantar los escombros, como si tampoco pudiéramos entender la incompetencia histórica de los presidentes mexicanos.



Bernal Díaz del Castillo describe un encuentro entre Cortés y un individuo llamado Olintetl, quien advierte al español sobre las cualidades bélicas de la ciudad y le describe la condición lacustre del islote, en donde las casas están fundadas sobre el agua. El conquistador no entendió la advertencia ni la condición ambiental de la cuenca: hoy la ciudad es consecuencia de aquella falta de conocimiento lacustre.

En el tema de la ineptitud mental de los gobernantes, Antonio García Cubas, famoso cartógrafo, historiador y geógrafo mexicano, elaboró una carta para construir el mapa de la república mexicana y lo mostró a Santa Anna. A García Cubas le impresionó que el presidente apenas y se daba cuenta de la cantidad de territorio que se había perdido.

Tal vez estemos ante la presencia de un cambio geológico, pero también social. Cada país con su bandera, las pasiones nacionalistas exaltadas en otros continentes, el Popocatepetl en erupción, cada uno con un terremoto personal, en un planeta vivo. ¡La vida! 

Consecuencias del sismo del 19 de septiembre, 2017  
Fotografía:  
José Ventura Flores Velasco